

**DISCURSO DE HORTENSIA BUSSI DE ALLENDE
EN LOS FUNERALES DE SALVADOR ALLENDE, 4 DE SEPTIEMBRE DE 1990**

Hace 20 años el pueblo de Chile elegía, como lo había hecho muchas veces como a lo largo de nuestra historia democrática, un nuevo presidente. La voluntad popular se expresó en favor de cambios profundos en lo económico, político y social y Salvador Allende fue electo para llevarlos adelante. Culminaba así una ilustre carrera al servicio de la democracia chilena y de sus trabajadores.

Tres años más tarde, Salvador Allende moría en La Moneda, fiel a su promesa de defender con la vida el cargo que su pueblo le había confiado. Poco después, sería enterrado en una tumba que no podía llevar su nombre y luego, por muchos años, en su propia patria nombrarlo estuvo vedado, salvo para quienes usaban su poder absoluto para difamarlo

Pero Salvador Allende no murió para su pueblo, ni para el mundo. Su recuerdo pasó a ser sinónimo de consecuencia democrática y valentía moral. Actualmente, en muchos países llevan su nombre calles, plazas, escuelas, bibliotecas. En su patria, los trabajadores, los pobres, los oprimidos, los perseguidos, hicieron de Salvador su bandera. Él es un sentimiento, un ejemplo para la lucha por la justicia, la igualdad y la libertad.

Hoy hemos venido a enterrar a Salvador Allende como presidente constitucional de Chile. Sus restos ya nos son incógnitos y reciben de su pueblo el homenaje que merecen. Por eso, este acto tiene un sentido de reparación y de justicia histórica, pero también de reencuentro y reconciliación. Están aquí sus compañeros, junto a su familia y a huéspedes ilustres venidos de otros países y muchos, que habiendo sido adversarios políticos, le reconocen los valores democráticos a los que dedicó su vida. Así debe ser nuestra democracia, la que aspiramos a reconstruir tras tantos años de sufrimiento.

Pero el reencuentro entre chilenos no se cumplirá mientras muchos de nuestros compatriotas y compañeros sigan en fosas perdidas, sin recibir cristiana sepultura. Los muertos en estos años aciagos, tienen derecho a una tumba con nombre que pueda ser visitada por sus seres queridos. Chile le debe a todos la mínima reparación que hoy entrega a Salvador Allende.

La verdad y la justicia son los únicos medios para alcanzar la reconciliación. Salvador Allende ya está junto a su pueblo. Nadie podrá impedir ahora que el pueblo venga a este mausoleo en busca de consuelo, de inspiración o simplemente de compañía, en esta tumba no hay restos, sino semillas.

A los jóvenes de Chile que no lo conocieron, pero para los cuales su nombre y su ejemplo tiene aún tanto significado, les digo: aquí está la herencia de un patriota que murió y vivió pensando en Chile y en ustedes.

Agradezco al gobierno democrático de Chile encabezado por su presidente Patricio Aylwin, que nos ha dado tanto apoyo para realizar esta ceremonia y que se ha sumado a ella con generosidad respeto y afecto. El gobierno elegido por todo el pueblo hace algunos meses, es presencia fundamental en un acto como este, que honra a un presidente constitucional a quien este pueblo también eligió y amó. Chile recupera una continuidad democrática perdida y si se afirman las bases de una convivencia verdadera.

Agradezco en nombre mío y de mi familia, la actitud de profundo humanismo de la iglesia católica y del señor arzobispo don Carlos Oviedo, que la encabeza. Ella refleja la pasión permanente de la iglesia por hacer renacer el respeto que nunca debió perderse entre hermanos, entre los chilenos.

Agradezco la presencia de tantos queridos amigos que de diversos países han venido a rendir homenaje a Salvador Allende. Ellos son el símbolo de la solidaridad, el estímulo y el apoyo que el mundo nos brindó a todos los chilenos demócratas durante estos difíciles años de dictadura y exilio.

Al darle mis reconocimientos, me excuso de no nombrar a cada uno como lo merecen, pero quiero sintetizar mi afecto saludando a tres ilustres mujeres, que una vez más hoy me acompañan: Danielle Mitterrand, Lisbet Palme y María Esther de Echeverría.

Quiero, finalmente, agradecer a quienes han sido los protagonistas fundamentales en este día, de estos años y de la vida toda de Salvador Allende: los trabajadores y el pueblo de Chile. Gracias, gracias por haberlo mantenido vivo en sus corazones, gracias a ustedes estamos hoy aquí enterrado a Salvador Allende en democracia. El murió pensando en ustedes. Sus últimas palabras fueron de aliento para ustedes: "Trabajadores de mi patria –dijo- tengo fe en Chile y en su destino". Ese destino lo estamos construyendo hoy en paz y democracia. Salvador Allende estaría feliz de observar cómo al fin, se van abriendo las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor. Muchas gracias.